

EL TERCER CENTENARIO DE LA ACADEMIA

FRANCESA

1635—1935

La idea de fundar una academia que vigilara los progresos de la lengua no era nueva. En Italia ya existían “La Academia del Lincei” (Roma 1609), y “La Academia della Crusca” (Firenze 1580). En los primeros años del siglo XVII Conrart, con varios amigos ilustres, tenían reuniones a días fijos y periódicamente en casa de uno de ellos. La actual Academia de los Inmortales tiene su origen precisamente en las reuniones que celebraba Conrart y Pellison, en su historia de la Academia Francesa (1653), nos narra todos los pormenores.

El célebre Cardenal Richelieu, a raíz de los informes que le presentó su hombre de confianza, Bois-Robert, creó la Academia de los Inmortales, extendiendo a las letras aquella disciplina que hacía triunfar en la política.

La Academia era compuesta de 40 miembros, nombrados por elección; un director presidía las reuniones y un secretario perpetuo tenía el libro de actas. La costumbre de hacer el elogio del propio predecesor data desde el año 1660. Las reuniones se tenían en casa de los académicos; pero en el 1642 Seguier cedió un salón de su palacio y Luis XIV puso a disposición de los Inmortales el palacio del Louvre.

El primer plan de trabajo para la formación del vocabulario fué muy simple: las palabras, distribuidas por orden alfabético, eran seguidas por sus compuestas, derivadas y diminutivas. Toda palabra era acompañada con ejemplos prácticos sacados de Amyot, Montaigne, du Vair, San Francisco de Sales, d'Ossat por lo que respecta a la prosa, y de Marot, Ronsard, du Barthas, de Bellay, Berteard y Rapein referente a la poesía.

El primer diccionario fué publicado en el 1694. La Academia se ocupaba de gramática, retórica y poesía y de la correspondiente asignación de premios. Una gramática vió la luz en el 1705, cuyo autor fué Rénier-Desmarais.

Los académicos, durante la Revolución, eran considerados como aristócratas. En el 1790 la Constituyente encargó a Mirabeau de hacer una relación sobre la Academia y el fiero demagogo confió el asunto a Champfort que hizo una carga a fondo contra la Institución y concluía su relación proponiendo su abolición. El 5 de Agosto del 1793, la Academia de los Inmortales, previendo días aciagos, suspendió sus sesiones. En efecto el 8 la Convención ordenó la suspensión de todas las academias. En el 1795 la misma Convención fundaba un Instituto Nacional, dividido en tres secciones: ciencias físicas y matemáticas, ciencias naturales y políticas, literatura y bellas artes. Ha sido descuidada la historia y la producción del Instituto, en aquel tiempo, que fué de poca importancia.

Bonaparte, durante su consulado, reordenó el Instituto en cuatro partes: ciencias físicas y matemáticas, lengua y literatura francesa, historia y literatura antigua, bellas artes. Las ciencias físicas y matemáticas tuvieron fama universal con Berthollet, Laplace, Lagrange y Monge. Es sabido que Bonaparte se gloriaba del título de "Membre de l'Institut" y quiso que la Academia fuera circundada del más grande prestigio. Pero fué intolerante a toda crítica y Chateaubriand elegido miembro de la Academia, no ingresó nunca en ella, porque en el discurso de recepción, no quiso introducir las correcciones ordenadas por Napoleón.

La Restauración, en el 1816, excluyó del Instituto a veintidós miembros por motivos políticos; entre los cuales Maret, Arnault, Luciano Bonaparte, Sieyes, Roederer y Etienne. El rey, de su propia voluntad, nombró a nueve académicos. Hay que confesar que, durante la Restauración, la Academia tuvo un período de auge y esplendor en literatura pero nó en las ciencias.

Del 1830 al 1848, la Academia progresó en ciencias por o-

bra de Arago y en Historia llegó a alturas luminosas con Thierry.

Bajo el segundo imperio se formó, en la Academia, un partido de oposición y el mismo emperador constataba, en una nota escrita por Saint-Beuve en el 1859, su carácter frondista, proponiendo reformas que no fueron aceptadas.

Hoy la Academia Francesa tiene un carácter profundamente conservador y elige, con preferencia, los representantes de ciertas tendencias y de ciertas instituciones que se pueden llamar tradicionales.

Colaborar asiduamente en la "Revue de deux Mondes" y frecuentar ciertos salones son buenos títulos para los candidatos.

Es sabido que los candidatos deben "plaider" su admisión en la academia y visitar, para tal efecto, a los académicos. Esto ha dado y da lugar a muchas anécdotas. Víctor de Bled, en la Revue Hebdomadaire, narra muchas de ellas; citaré la de Dupaty y Víctor Hugo. En el escrutinio ha sido elegido el primero que dirigió al gran poeta los siguientes versos:

Avant vous je monte a l'autel
 Mon age seul peut-y prétendre
 Déja vous etes immortel.
 Et vous avez le temp d'attendre.

El candidato electo hace el elogio de su predecesor y es recibido en la Academia por uno de sus miembros. El primer académico recibido en público fué Fléchier.

Hoy el ingreso del neoelecto en la Academia es un acontecimiento social y en el día de su recepción, el palacio Mazzarino, abre sus puertas a la "fine fleur" de la aristocracia, del censo, de la política, y del ingenio.

La Academia de los Inmortales es uno de los grandes baluartes nacionales y el mismo Huyssman (que nunca ha querido entrar en ella) la consideraba como garantía indispensable para la integridad del espíritu nacional.

Juan E. Cavazzana.